

JOSÉ MANUEL ALONSO

## ARENA EN LOS OJOS

Se detuvo una vez más con el fin de contemplar cómo el agua de las olas borraba sus huellas...

Hacía ya un rato largo que caminaba bordeando la orilla de la playa porque la agradaba sentir el blando hundimiento de los pies en la arena húmeda. Para ella era aleccionador que las marcas de sus pasos, tan nítidas al principio y aparentemente eternas, fueran perdiendo ene. Curso unos pocos minutos las formas hasta quedar finalmente disueltas en la nada. En cierto modo el agua se comportaba como el tiempo: a fuerza de insistir acababa aplanándolo todo. Se preguntó, reanudando el paseo, cuántos meses-tal vez cuántos años-serían necesarios para desdibujar totalmente el hueco que hollaba su espíritu. Encontraba apropiado hacer semejantes comparaciones porque el dolor que guardaba en el corazón, aun careciendo de sustancia, lo sentía tan recio y pesado como un bloque de piedra y la piedra, bien a la vista estaba, podía convertirse con tiempo suficiente en microscópicos, inofensivos y volátiles granos de arena incapaces de conservar cosa alguna que no fuera su propia materia.

Sobre aquella misma arena había hecho el amor por primera vez unos meses antes, cuando, tras la alocada y chapoteante carrera, se había dejado caer exhausta y feliz en el amarillo colchón y había permitido al muchacho que amaba tomar posesión definitiva de sus dieciséis años.

Aquella tarde de domingo eran demasiado hermosos los colores del ocaso, demasiado grato el

tacto del agua que lamía sus piernas tibias e increíblemente exquisito el placer proporcionado por los besos líquidos que sitiaban sus pechos..para tener en cuenta algo distinto a las estrellas titilantes que se veían allá lejos en el Paraíso.

Pensando en ello, aún la resultaba difícil comprender por qué, habiendo sido todo así de intenso, las caricias de sus manos menudas no habían tenido luego sino una fría y distante acogida y las miradas llenas de amor que prodigaba siempre la contestación de unos ojos tan sombríos como un pozo vacío. A menudo se materializaban dentro de su cabeza ardientes palabras escuchadas en aquellos momentos venturosos, las promesas, los ruegos e incluso los delicados silencios, y la costaba creer que todo, absolutamente todo, se lo hubieran llevado las brisas de aquella playa solitaria...Muy consciente era de que la causa principal de tal invierno en los sentimientos de su pareja radicaba en el hecho de haberse quedado ella embarazada y haber tenido que presentar la buena nueva, a su pesar, como un inesperado e injustificado fallo. Tal circunstancia no estaba prevista ni tampoco era un resultado apropiado para una relación adolescente donde todo eran inocuas llamadas al móvil, risas inocentes, despreocupación general y ``findes`` superdivertidos. Anonadados, trataron de buscar explicaciones, repasaron los días del calendario, urdieron respuestas y planes alternativos y por último se hicieron mutuamente preguntas y reproches acerca de cómo pudo ocurrir. La cuestión, en el fondo era sencilla. Alguien les informó con sarcasmo de que tales cosas sucedían como han sucedido siempre desde que el mundo es mundo, ó sea, gracias al asedio y conquista de esa fortaleza oculta en el bajo vientre femenino cuyo enorme tamaño oscila en torno a las dos décimas de milímetro.

De repente cobraron inquietante actualidad los juegos casi olvidados de la infancia. La muñeca de ojos azules que su madre guardaba en algún rincón del trastero, como recuerdo, volvió a emitir desde el pasado una voz pequeña pero enrabiada para reclamar un cambio de pañales. ``Ea, ea, mi bebé... Ea, ea mi cariño duérmete pronto. Yo te canto para que tengas un sueño tranquilo. Intentó convencerse a si misma, superada ya la sorpresa de la primera falta y el veredicto del producto comprado en la farmacia, de que con diecisiete años podía ser una madre tan buena como lo había sido de niña, o mejo aún, pero pronto desistió de su empeño al

imaginar tales cosas como la casa y el pis, los duermevelas, las enhorabuenas de compromiso y el arruinado bachillerato. Ante todo, tuvo bien presente la actitud manifestada por el futuro padre, algo que produjo en su alma un inicial desasosiego y posterior temor porque sabía que su postura era portadora de un rechazo hosco, desentendido completamente de toda responsabilidad y ayuda.

Sentada sobre la arena, la falda arrebujaada en torno a los muslos, contemplaba ahora un grupo de gaviotas que marchaban tranquilamente sobre invisibles autopistas de aire mientras estudiaban las infinitas clases de cumbres que producían las olas. La libertad no tenía precio. ¿O a caso si?... Ella había conseguido la suya poniéndose al abrigo de la ley y obrando en consecuencia. Una vez visto el panorama, y como no era menester dar explicaciones a nadie, salvo a si misma, la decisión sólo hubo de vencer algunas noches de insomnio y ciertas broncas; Algo que en verdad no tuvo mucha importancia en comparación con las múltiples desilusiones y heridas que por aquel entonces había empezado a coleccionar. Asegurada la impagable independencia juvenil, no había podido evitar pese a todo, que el malestar fuera creciendo y que los prometidos días de alegría se fueran transformando en ácidas horas de conciencia inquieta primero, en remordimiento luego y finalmente en profundo paz. Últimamente daba paseos por aquella playa para encontrar la calma y el contento que necesitaba pero era incapaz de impedir que su dedo índice terminara haciendo en la arena dibujos y rayas que pasaban por ser carita infantiles y nombres. La gustaba insistir con los trazos por ver si, de algún modo mágico podía recuperar con ellos lo que hacia bien poco llevaba en las entrañas: el germen de un bebé que, de haber nacido, hubiera sido...Y, ciertamente, los diminutos granos guardaban de momento tales anhelos y la ilusión marchita volvía a reverdecer en su rostro a través de una sonrisa lánguida, pero enseguida entregaban las breves líneas a las aguas espumosas y éstas, al igual que hacían con las huellas grabadas, borraban todo, impasibles, y transformaban la playa en una lisa, brillante y superficie de desesperanza.

Algunos cangrejos errambudos, salido a horas crepusculares de cuervas desconocidas, osaban de cuando en cuando acercarse a su silueta reflejada y pisar, incluso, aquellas pobres caligrafías.

Normalmente los observaba con una mezcla de curiosidad y desinterés pero a veces, tal era el caso, sentía una rabia aguda al constatar que los estúpidos bichejos movían aquellas patas como si nada, tontamente; sin tener conciencia de que gracias a ellas podían bañarse y disfrutar del mundo. Había atrapado a uno y lo tenía cautivo entre las manos para examinarlo con cuidado. ¿Merecía vivir? Notó que el abatimiento pesaba mucho en su ánimo, quizás más que ningún otro día... No, no merece vivir -se respondió- quien no sabe siquiera que esta vivo ni puede apreciarlo. Irritada empezó a estrechar el puño con la intención de aplastar al animal, de hacer papilla aquella masa de células ciegas que, tal como había aprendido en clase de Biología, eran poco más que agua salada, pero en el último momento se detuvo, abrió los dedos y lo dejó marchar. Agua salada, o dulce, o acaso sosa, -meditó- ella ya había estrujado demasiadas cosas.

Lentamente se tumbó en la arena húmeda. Con la cabeza ladeada, espío el aturdido crustáceo intentaba alcanzar una posición segura pese a su trayectoria vacilante y torcida. Lamentarse... eso era lo único que a ella le estaba permitido. Había derramado tantas lagrimas allí, en aquella playa que estaba convencida de haber contribuido con ellas a llenar un poco más el mar. Observando las nubes oscuras y tristes que revoloteaban sobre su figura advirtió que el llanto acudía de nuevo a su mirada y que, imparable y tiránico, amenazaba con diluir sus últimas fuerzas. No era un titán. ¡Sólo tenía diecisiete años, sólo era culpable de haber amado, sólo quería enmendar su error!... Hundió las manos en la arena y revolvió con desesperación, como si fuera la sabana de la cama de un hospital en la que ella estuviera acostada a la espera del parto. La pasta pegajosa se atascaba entre sus dedos, la sentía gotear en forma de grumos hasta los socavones que poco a poco iba creando junto a sus costados. Alzando uno de los brazos, dejó caer algunos de aquellos pegotes sobre su blusa mojada y de pronto, como si hubiera abierto un lucernario brillante en el cielo encapotado, la pareció que tal empaste podía ser un cemento muy conveniente para sellar sus ojos y no llorar más. Si se entornaban los cuartillos de una ventana para disfrutar de la dulce penumbra, si se cierran los libros leídos; si, al cabo, se cubren con piadosa tierra los cuerpos de todos aquellos que han encontrado su hora, ¿no habría

ella de lograr un poco de paz obstruyendo las fuentes por donde manaba tanto sufrimiento? Lenta e inexorable comenzó a dirigir ambos puños cargados de arena hacia las hermosas y desnudas pupilas, dispuesta a cumplir sentencia, pero en aquel instante oyó una voz inexperta y sumamente extraña aconsejándola cambiar tal decisión.

-Si haces eso puedes quedarte ciega. Los granos de arena son minúsculos pero muy duros. Se clavarán en tus párpados, cortarán tus retinas y te harán sangrar. Por favor, no sigas y mira a tu lado. Tienes mucho que mirar...

Tardó sólo un par de segundos en asimilar aquellas palabras y luego giró la cabeza para comprobar, asombrada que el dueño de las mismas era el cangrejo que unos minutos antes había liberado.

- ¿Por qué me dices eso?- preguntó con turbación

- Pues no lo sé... -respondió la bestezuela-. Tal vez porque me das lástima. Tal vez Porque soy el único que puede hacerte razonar. Tal vez porque me has perdonado la vida.

Se descubrió a si misma manteniendo semejante coloquio y entonces se asusto sobremanera puesto que aquello era imposible... ¡Los seres humanos no pueden comunicarse con los cangrejos! Arrojó la arena hacia atrás y en ese momento abrió realmente los ojos. Tenía una gran consternación y se notaba rara. Una hermosa luz coloreaba la atmósfera; un suave rumor de olas mansas envolvía el entorno. Inmediatamente cayó en la cuenta de que se había quedado dormida y había tenido una especie de pesadilla. ¿Durante cuánto tiempo? No debía de ser mucho porque recordaba haberse sentado a penas diez minutos antes de contemplar las gaviotas. Se incorporo casi de un salto y examinó rápidamente su aspecto. Estaba descalza y tenía las ropas empapadas. El pelo, al pasar el peine de los dedos, se mostraba alborotado e hirsuto; lleno de arena. Nada de todo ello, sin embargo era importante...Sonrió. Frente a ella, alzando resueltamente la cabeza para llamar la atención, estaba su hijo. Un niño. Tras diez meses cumplidos era vivaracho y alegre, comía bien y había salido tan guapo como su padre. Se acuclilló a su lado y con manos temblorosas acarició sus bracitos y sus pies de juguete. El crío respondió emitiendo un sonido incomprensible y dejando escapar una baba. Mano gordezuela

parecía señalar algún punto indeterminado de la playa pero ella se dio cuenta de que eran los simples cangrejos quienes, con sus movimientos nerviosos y zigzagueantes, acaparaban el interés de sus gestos. Uno de ellos, con aquellos ojos saltones clavados absurdamente en su cáscara, simulaban mirarle con fijeza. Por un momento su carácter jovial se ensombreció al evocar que había estado soñando con aquellas criaturas y con la posibilidad de que su bebé...

Ordenó con cuidado los rizos del niño y lo tomó en brazos. Cuando el clima era benevolente salían ambos a dar los correspondientes paseos por aquellos lugares para disfrutar de los entretenimientos que proporcionaban el agua y la arena. No obstante, llegado era el momento de regresar a casa. Acarició con maternal ternura a su retoño y comenzó a caminar despacio, con pasos cortos, al tiempo que la antigua y entrañable nana se posaba en sus labios para calmar la infantil pataleta.

-Ea, ea, mi bebé... Ea, ea, mi cariño. Duérmete pronto. Yo te canto para que tengas un sueño tranquilo...

La tarde estaba cayendo y en la solitaria playa nadie podía advertir la intensa felicidad de aquella madre de diecisiete años. Tan sólo un cangrejo insignificante la vigilaba desde su menguada estatura y se sorprendía de que un ser tan raro caminara sobre el agua muerta llevando en brazos una masa de arena compacta – a la que arrullaba – que poco a poco se iba desgranando hacia sus pies en forma de patética, grumosa e inerte lluvia. Le hubiera gustado avisar, decir algo pero, bien lo sabía él, era imposible: ¡los cangrejos no pueden comunicarse con los seres humanos! Se dispuso a retroceder y comprendió entonces que la cosa iba a resultar difícil porque dos de sus patas estaban rotas a causa del infortunado encuentro. No obstante, aún se sentía con vigor suficiente para alcanzar las aguas y soltar los huevos que llevaba ocultos en la cola. Lo importante no era su viejo y magullado caparazón sino aprovechar a toda aquella nueva oportunidad.

Lo importante – concluyó – era que la vida volviera otra vez al mar.